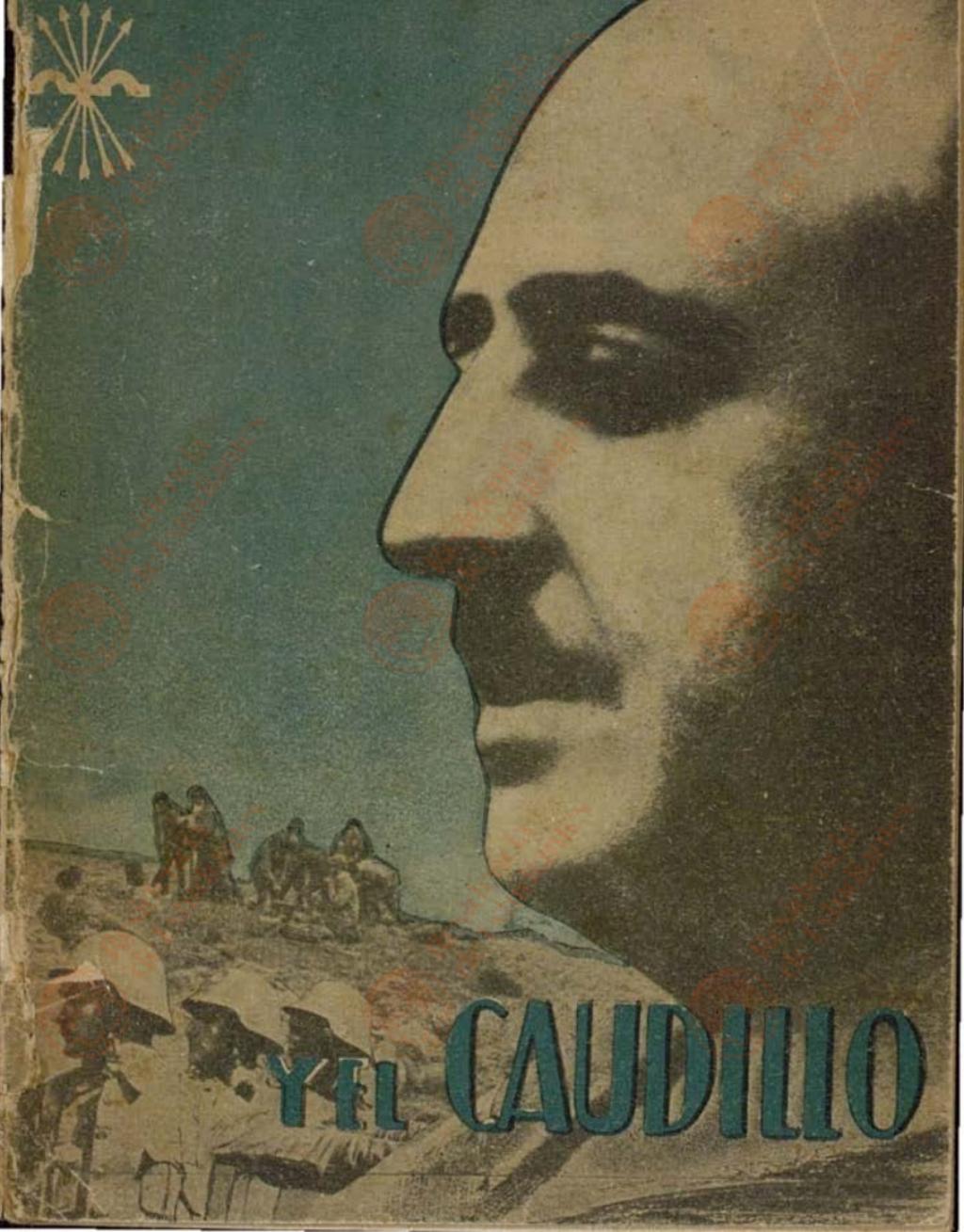


LOS COMBATIENTES

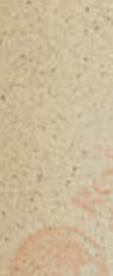


Y EL CAUDILLO

Residencia
de l'Estudiantat

1.000

LOS COMBATIENTES Y EL CAUDILLO



EDITADO POR DELEGACIÓN NACIONAL DE PRENSA Y PROPAGANDA
DE FALANGE ESPAÑOLA TRADICIONALISTA Y DE LAS J. O. N-S.

1h/4

LOS COMBATIENTES Y EL CAUDILLO



BILBAO
IMPRENTA MODERNA
1938 - II Año Triunfal



I

¿Qué es un CAUDILLO?

CUANDO vosotros, camaradas combatientes, atacáis un puesto enemigo, no lo hacéis por vuestra voluntad y según vuestro leal saber y entender, sino que os movéis en el ataque siguiendo la orden y dirección de un oficial, que a la vez las recibe de otro, y éste de un jefe, y así sucesivamente hasta llegar al que dirige la batalla en toda su plenitud, no sólo el ataque de vuestra sección a un objetivo, sino todos los ataques de todas las secciones al objetivo general de la

batalla. Todo movimiento eficaz, en la guerra como en la política, tiene que ser dirigido por alguien, y pensando no sólo en lo que está a la vista, sino en una cosa general, de la que los diversos actores no perciben sino fragmentos. Sin dirección, no sólo es imposible lograr éxitos políticos y victorias militares, sino que, lograda una casualmente, la falta de mando hace que inmediatamente se pierda, o se anulen las ventajas que de ella podrían obtenerse.

Un hombre no manda en otro así porque sí, sino que existen buenas razones para que unos manden y otros deban ser mandados. En primer lugar, esa necesidad de dirección que acaba de ser apuntada, de la que vosotros podéis tener experiencia imaginándoos un momento en plena batalla desasistidos por vuestros jefes, que, por una desgracia, hubieran sido muertos. ¿Qué haríais vosotros sin ellos? Desde luego, imposible atacar; lo más, defenderos con coraje, pero sin método; y si en algún caso y en ocasión semejante se ganó una victoria, fué porque, perdidos los jefes, alguien que tenía aptitud para el mando lo tomó y os condujo hasta el final. Una empresa no se comprende sin un jefe que, por

una parte, vea claro el camino, y, por otra, sepa llevar hasta ella a los hombres a su mando. Y en esto está la segunda razón de por qué no todos pueden mandar, pues unos hombres entre todos poseen más conocimiento, más claridad de inteligencia y más facultades de mandar.

Existen empresas mucho más complejas que tomar un parapeto o dirigir una batalla; y son, por ejemplo, dirigir muchas batallas a la vez en muy distintos lugares, y a la vez procurar que el pueblo que queda atrás de las vanguardias viva y colabore con los que combaten, y todos unidos, los soldados y los que no lo son, vibren y se muevan en un solo y único afán. Pongamos el ejemplo de España: el frente de combate se extiende en una línea de muchos miles de kilómetros; montañas en un lado, llanos en otro; con frío y esterilidad aquí, con calor y abundancia allá. Son también muchos los miles de soldados distribuidos a lo largo de ese frente, con oficiales, y jefes, y generales. La guerra no se desarrolla igual en todas partes: aquí se ataca, allá se sostiene el frente; por aquí atacan, por allá se defienden. No se puede hacer en cada frente lo que a uno le dé la ga-

na, sino precisamente lo que convenga, y eso no se sabe en el parapeto, viendo lo que hay delante, sino teniendo una visión conjunta de todos los frentes y de lo que detrás de ellos hay, y sabiendo los elementos con que se cuentan y con que cuentan los enemigos, y muchas cosas más. Después está la retaguardia, con sus fuerzas económicas, que hay que poner al servicio de la guerra, y con todo el complejísimo sistema de producción y transporte, y sanidad y asistencia, y todo lo demás. Y por encima de eso está la idea que mueve la guerra, las razones de sostenerla, y la batalla política e internacional que representa. ¿Sería posible que todo eso marchase bien si cada una de las tareas, tanto militares como auxiliares, estuvieran entregadas a la buena de Dios, al arbitrio del que las tuviera a su cargo, sin que una idea y un propósito comunes las ordenara? Para que el éxito llegue es necesario que una sola mano mueva y conduzca esta máquina compleja, una sola mano y una sola cabeza y un solo corazón.

Pero esta tarea máxima no puede entregarse a cualquiera. Hay muchos hombres que reúnen mano, corazón y cabeza, que no serían capaces de conducir una empresa así.

Es necesario que todos los hombres escalonados en los distintos servicios, desde el ministro y el general hasta el alguacil más humilde o el soldado más ignorado, estén animados de una fe en quien los manda y dirige. Es necesario que la persona que corona todo ese edificio de organismos, ejércitos y servicios tenga una representación, signifique «algo» que es más que humano: que su nombre sea más que el de un hombre cualquiera, que sólo nombrarlo mueva a los que le obedecen, y que saberlo a él a la cabeza de todos exija en cada uno perfección en todos sus actos y hazañas. Cuando un hombre se encuentra así situado en un grupo social, en un pueblo, en una nación, se le dice «mítico», que no es signo de irrealidad, sino de la más eficaz de las realidades.

Esto constituye, más popularmente dicho, el CAUDILLAJE. No es igual el vínculo, el lazo de unión entre el jefe y los que obedecen, entre el que ordena y los subordinados; estas relaciones pueden ser casuales o impuestas, pueden romperse. Son relaciones de tipo menos valioso. Pero el CAUDILLO, que reúne todo eso en sí, y algo más que le es propio, tiene una relación con los que lo siguen que, sien-

do de obediencia y subordinación, es además algo espiritualmente elevado, porque añade a todas estas cualidades la de la fé suprema en sus actos y seguridad y confianza ciega y absolutas en su caudillaje. El CAUDILLO no obliga a seguirle; su sola voz basta para que espontáneamente los hombres se coloquen bajo sus banderas, sea para la política activa, sea para la guerra, sea para ambas cosas unidas.

No es lo mismo un país regido por un rey, o por un presidente, que por un caudillo. Vosotros, que conocéis todos esos sistemas de gobierno, que los habéis experimentado, os daréis cuenta, sin necesidad de explicación, de la diferencia que existe entre esas formas de mando indicadas. Y veréis también la diferencia a favor del caudillaje que hay comparando unas con otras.

El CAUDILLO asume todas las funciones de política milicia, y por asumirlas está más cerca de sus soldados, de sus gobernados, de los militantes de su partido, que el presidente o el rey.

II

Por qué fué necesario un CAUDILLO

VISTO lo anterior, acaso os preguntéis, soldados españoles, por qué razones no se gobierna siempre mediante un caudillaje, o bien por qué fué necesario que en España se impusiese esa forma de gobierno en el año 1936. Es perfectamente razonable hacer esas preguntas, y la mayor parte de los españoles se las habrán hecho íntimamente, y acaso algunos no hayan logrado aún hallar contestación satisfactoria. Pues la respuesta la daremos aquí.

El CAUDILLAJE como forma de gobierno no puede darse siempre, de la misma manera que no siempre son posibles las dictaduras, repúblicas o monarquías. Es la sazón —o desazón— de los tiempos la que exige una u otra forma. Ninguna otra que la monarquía hubiera sido posible en España cuando se hallaba empeñada en las guerras de la Reconquista, —en que la Monarquía era también caudillaje— o, más adelante, cuando se ocupó en vencer a Europa o dominar a América y civilizarla. Un sistema democrático, o republicano de cualquier forma, hubiera impedido la expansión española, porque un gobierno de este tipo no suele servir, en el mejor de los casos, sino para arreglar cuestiones de orden interno, pero de ninguna manera para conducir empresas exteriores de gran altura, para realizar, como se dice en la terminología falangista, una «unidad de destino».

Cuando los países se descomponen, como se descompuso España, por falta de papel en el mundo, y se rompe el orden social y espiritual de sus ciudadanos, el régimen monárquico vive, como si dijéramos, de precario: en realidad, pierde su papel gobernante, y no hace sino autorizar el gobierno efectivo de

otros. Nada hay más inútil que las monarquías constitucionales, y fatalmente, más tarde o más temprano, su término es la república. Pero no se crea que la república, como forma de gobierno, puede satisfacer las aspiraciones de un pueblo vivo. A lo más que puede aspirar es a resolver asuntos internos, a que el país viva; pero una empresa de la magnitud de recobrar la dignidad internacional y elevar un país al mayor rango, no es posible republicanamente. Naturalmente, aquí se hace referencia a la forma republicana más conocida en Europa: a la republicano-democrática.

Al tener conciencia un país de su decadencia, de su crisis, y al aspirar a reparar este estado, es cuando se siente necesidad del caudillaje. En este momento, ni monarquías ni repúblicas pueden resolver la situación; se hace necesario que un hombre asuma todos los poderes, no en forma dictatorial —la dictadura es una solución de compromiso—, sino a la manera del CAUDILLO, con la máxima autoridad y la máxima responsabilidad, recongiendo los anhelos de los hombres a sus órdenes y haciéndose él mismo portavoz, símbolo y realizador de los mismos. Una tarea

de caudillaje no se compagina con la interinidad. Lo que tiene que hacer un caudillo es siempre difícil y magnífico, y desde luego requiere la vida de un hombre, y a veces no es bastante una vida; se trata nada menos que de levantar a un pueblo caído y ponerlo «en línea de combate», reconstruyendo todas sus fuerzas sociales, económicas y espirituales, y poniéndolas al servicio de una misión en lo universal. Nadie puede asumir una obra así con el carácter de interinidad, de tal manera, que todo caudillo se transforma, luego de su primera etapa, en gobernante, conservando el modo y estilo antiguos.

La situación de España en los últimos años, todos los acontecimientos que hemos conocido, y muchos anteriores, anunciaban un próximo caudillaje. Repasemos la historia. Nuestro régimen era una Monarquía constitucional, cuya fórmula, como sabéis, era «el rey reina, pero no gobierna». En todo país donde existe esa dualidad de reinar y gobernar, encarnado en personas distintas, sobreviene necesariamente la crisis, y así sobrevino en España, con la república del 14 de abril. Todos en nuestra Patria la saludaron con alborozo, creyendo que nos devol-

vería la dignidad, el orden, la paz interna. Pero bien hemos visto su fracaso. Pocas generaciones han atravesado por las crisis por que atravesamos los jóvenes de España desde la caída de la Dictadura. Pocos países han sufrido lo que nuestra Patria en los últimos años ; había algo más profundo y doloroso que el desorden, y la crisis económica, y todo eso que se barajaba políticamente : era el no entenderse unos con otros, el ser extranjeros hermanos para hermanos e hijos para padres. «Una generación con el alma partida», dijo JOSE ANTONIO. Pero también dijo : «El tiempo nuevo contra el tiempo viejo.» Y el tiempo nuevo, lo que él pedía y buscaba, era el CAUDILLAJE. Sólo así se podía reunir los dos pedazos del alma de la juventud y reconstruir España para la grandeza. Nos tocó hacerlo dolorosamente, con mucha sangre de por medio ; porque nuestra guerra, camaradas, lo que vosotros buscáis con vuestras hazañas y vuestro sufrimiento y vuestro heroísmo, no es sino el otro pedazo del alma juvenil española, para unirla ; ese trozo de alma que está frente a vosotros, y que pelea y nos desoye. España no puede valerse sin ellos, no puede excluirlos de su ser nacional, no puede rechazarlos

como se rechaza un cuerpo podrido. España —por la mano del CAUDILLO— los incorporará a nosotros, los hará copartícipes de nuestra empresa cuando la paz haya llegado, alegremente y entre canciones.

Ahora os explicaréis el porqué del Caudillaje; ahora comprenderéis cómo ninguna solución de las que cobardemente se llamaban legales podía arreglar a España. Hubiéramos hecho unas elecciones que ganarían las derechas, y a los dos años, necesariamente, habrían de triunfar las izquierdas; y mientras tanto, mientras una serie de majaderos se disputaban puestos en el Parlamento, los hombres jóvenes de España dejaban su sangre en las calles, y España misma se perdía. Hubiéramos perdido, camaradas, hasta el nombre que llevamos, hubiéramos dejado de ser ESPAÑA para convertirnos en sabe Dios qué país subordinado y colonial. Por todo eso se hizo necesario romper con los moldes anticuados y cobardes, y asumir un hombre solo el mando y la responsabilidad de España ante la Historia. Y de la única manera que pudo hacerlo: como CAUDILLO.

III

Lo que hace el CAUDILLO

ESPAÑA necesitaba ser conducida por un CAUDILLO, y éste no pudo ser otro que FRANCO. Desde mucho tiempo antes de la guerra, FRANCO era la esperanza, y hacia él se dirigían todas las interrogantes: ¿Qué hace el General Franco? Pero no sólo esto: hay una razón más, y es su obra. FRANCO salvó la guerra y enderezó las armas de España al triunfo; FRANCO salvó la retaguardia, uniendo a los grupos políticos en un sólo haz; FRANCO asumió la res-

ponsabilidad del gobierno, haciéndose Jefe de Estado.

Vosotros sabéis cuál era nuestra situación anterior a la guerra; y sabéis también cuál era al empezar la guerra. Pero es necesario que os deis cuenta de que cuando un país se decide a una guerra interior como la nuestra, de la envergadura de la que estamos peleando, este país se lo juega todo, y se lo juega a una sola carta. Un país así, si carece de una cabeza política, puede perderse.

Veamos cómo y por qué medios FRANCO evitó la pérdida de España.

POLITICA INTERIOR.—La guerra, planteada no frente a un enemigo conocido y extranjero, sino contra nuestros propios hermanos, no tiene, al principio, frente definido. El enemigo está en todas partes. Hay que luchar no sólo contra los primeros batallones y milicias de los rojos, sino contra el rojo que está en la retaguardia, que boicotea nuestra labor, que puede echarla a perder y hacernos fracasar. FRANCO domina a los enemigos de la retaguardia, y no sólo los domina, sino que los incorpora a la tarea nacional. ¿Existe hoy entre vosotros, camaradas combatientes, alguna diferencia entre los que procedíais de la Falange

o del Requeté, y los procedentes de la C. N. T. o de la U. G. T.? ¿No sois todos, igualmente, soldados de España y de FRANCO? ¿No morís lo mismo unos que otros, con idéntica fe y entusiasmo? La guerra os hizo hermanos otra vez; por medio de la guerra, FRANCO os ha reunido de nuevo.

Al principio de la guerra, todos esos burgueses que temían por sus intereses más o menos legítimos, salieron a las calles hechos un puro aplauso, vitoreando a los soldados que iban —creían ellos— a defenderlos. Pero cuando la victoria estuvo segura, esos mismos que antes aplaudían quisieron volver a las andadas y poner sus intereses por encima de todo: por encima de la Justicia y por encima de España. Hoy, esas fuerzas reaccionarias están dominadas casi en absoluto, y todos se han sometido al supremo interés nacional, por obra de FRANCO.

Pasado el miedo —¡oh, el miedo, camaradas!—, los zascandiles de los antiguos partidos políticos, los que en largo contubernio nos llevaron al borde de la ruina, empezaron a moverse y a querer resucitar sus fantasmas políticos. Pero FRANCO reunió en un solo haz a todos los elementos sanos de España y for-

mó, sobre la Falange, sobre el Requeté, el único partido político, que no es «partido» sino «movimiento unánime», en el que, con el vigor antiguo y tradicional del Requeté, se fundieron las consignas, la doctrina, el estilo de las viejas J. O. N. S. y de la Falange, bajo el signo de la figura augusta, ejemplar, egre-
gia, de JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA,
Ausente.

Y para todas estas tareas, y para que Espa-
ña asistiese a los combatientes y fuera también
combatiente en diverso modo, FRANCO movi-
lizó a los españoles y los llevó a contribuir
económica y espiritualmente al bienestar de
los que pelean y de sus familias.

POLITICA EXTERIOR.—Muy pronto la gue-
rra española dejó de ser nacional para ser lo
que es hoy : lugar donde se dirime la más fe-
roz contienda de los siglos. Unas naciones,
desde el primer momento, nos dieron su sim-
patía ; otras nos la negaron. Dos naciones
fueron las primeras en reconocer nuestra le-
gitimidad ; a éstas siguieron muchas más. De
hecho o de derecho, hoy nos han reconocido
y mantienen amistad con nosotros casi todos
los países del mundo. Gracias a nuestra po-
lítica exterior, el español de la zona liberada

puede pasearse orgulloso y digno por todas partes, erguida la cabeza de orgullo, no de glorias pretéritas, sino de realidades presentes. FRANCO condujo la política exterior y devolvió a España la dignidad internacional.

LA GUERRA.—Y, por fin, la guerra. ¿No os preguntasteis alguna vez cómo es posible mover tantos miles de hombres, toda esa masa imponente de material y de vituallas que requiere la guerra; cómo hombres y cañones coinciden en los mismos objetivos; cómo se rechaza aquí un ataque y allá se prepara una ofensiva; cómo se salva una situación difícil convirtiéndola en una victoria? ¿No parece milagroso que bajo esta confusión aparente de la guerra haya un orden, y que todas esas operaciones fragmentarias que presenciáis respondan a una totalidad? ¿No es increíble que se haya improvisado una escuadra, y que barquichuelos ridículos como los «bous» hayan sostenido casi por entero un frente de mar, y que muy pocas unidades grandes se hayan mantenido frente a una escuadra superior en número y en medios técnicos?

Cuando, pasados muchos años, nuestros nietos estudien la historia de esta guerra, no podrán reprimir el asombro y la incredulidad.

La historia de nuestra guerra es increíble. Pero vosotros sabéis que es verdad. Pues esa hazaña increíble, que para nuestros nietos tendrá el mismo matiz que hoy tienen para nosotros las hazañas del Cid, la dirige FRANCO.

Esto es, camaradas, lo que hace nuestro CAUDILLO: ganar la batalla de la política exterior, sostener al país ordenadamente, y vuelto hacia los campos de guerra conduciros a vosotros a la victoria.

Y cuando ésta haya llegado, después que desfiléis cantando vuestras canciones por las calles de nuestros pueblos, con vosotros hará otra vez la grandeza de ESPAÑA.

IV

De las Jerarquías que nacen del CAUDILLO en la Guerra y en la Paz

Es natural que una labor tan compleja como la que queda dibujada, necesite el CAUDILLO de personas que, en su nombre y bajo su dirección e inspiración, realicen las diversas funciones de la Paz y de la Guerra, de la Gobernación y de la Milicia. De esta manera se origina un ordenado sistema de jerarquías políticas, militares y civiles, en las que todo español se halla incluído.

De una parte, la jerarquía política. El

CAUDILLO asume la jefatura de la FALANGE ESPAÑOLA TRADICIONALISTA Y DE LAS J. O. N. S., en la que militan los españoles a los que se encomienda la dirección política del país. La Falange por medio de sus diversos Jefes políticos, por medio de sus distintos servicios, constituye el nervio de la España nueva. Ella es vivero de hombres de Estado.

La obediencia política al CAUDILLO se realiza a través de la Falange y de sus mandos. Lo mismo la participación en la política de España, que se hará, precisamente, a través del partido y en él encuadrado.

Por medio de la Falange, además, se da participación al Ejército en la vida política del país ; participación a que tiene derecho y de la que se ha hecho acreedora mejor que otro grupo social. Y esto, absolutamente desconocido en la historia política del fascismo y movimientos semejantes, lo ha hecho FRANCO haciendo militantes por derecho propio de la F. E. T. de las J. O. N. S. a todos los generales, jefes, oficiales y clases de los ejércitos de tierra, mar y aire, reconociendo de este modo su intervención política y haciendo del Ejército, no esa fuerza que las antiguas democracia-

ncias proclamaban neutra, sino el más ejercitado estamento al servicio de la Patria y del Estado Nacional-sindicalista.

De otra parte, las del Ejército. Como Carlomagno de sus Pares, está rodeado el CAUDILLO de sus generales, que conducen los diversos grupos militares en el frente y en la retaguardia, colaborando además con él en la preparación de planes militares, terrestres y navales, formando los Estados Mayores. Todos aportan su inteligencia y su coraje a la buena marcha del plan general de la guerra. A su vez, cada uno de ellos se ve asistido por diversos jefes y oficiales, de categorías menores escalonadas, entre los que se distribuyen las diversas funciones militares. Por medio de este sistema jerárquico de mandos militares, que va del CAUDILLO al último combatiente, se mueven los ejércitos. Dos son las razones que imponen obediencia y disciplina en toda esta escala de subordinación: la primera, que sin ellas no es posible empresa colectiva alguna —la guerra es una empresa colectiva—; la segunda, que la confianza y seguridad depositada en el CAUDILLO se refleja, directamente, en los diversos mandos, puestos por él y activos en su nombre.

En tercer lugar, la jerarquía administrativa. Es el órgano vivo de la gobernación, y a su cabeza está el Consejo de Ministros, que preside el CAUDILLO. Se ordena por provincias y ayuntamientos, mediante Gobernadores y del CAUDILLO, organismos que actúan y resuelven en su nombre.

Poca diferencia habrá en la hora de la paz. Los ex-combatientes se encuadrarán en milicias —las milicias políticas del partido único— y por sus actividades económicas quedarán incluídos en Sindicatos; no Sindicatos de Patronos y Sindicatos de Obreros, sino precisamente en los Sindicatos Verticales de Productores que prescribe la doctrina nacional-sindicalista. De lo que ellos son, podéis haceros una idea fijándoos en el Ejército, donde no hay separación, sino ordenación jerárquica de Generales, Jefes, Oficiales, Clases y Soldados, en orden de su importancia respecto de la labor militar; de la misma forma se ordenarán los productores con arreglo a su importancia respecto a la labor económica.

V

Necesidad de una conciencia de Jerar-
quía en el combatiente

DE ninguna manera debes pensar, camara-
da combatiente, que al terminar la gue-
rra y reintegrarte a tu casa, a tu taller,
a tu aldea, se te concederán las mayores je-
raquías por el hecho de ser combatiente. El
haber peleado en la guerra te llena de honor,
y el honor engendra deberes, no derechos.
Tienes tus derechos, y muchos, ciertamente ;
no a este folleto, sino a la autorizada palabra
del CAUDILLO corresponde señalarlos ; pero

TIENES tambien deberes, muchos mas de los que te imaginas. El primero de todos, contribuir con tu labor en la paz a la grandeza y levantamiento de Espana, y dificilmente se logrará esto si, olvidando la realidad, te crees con derecho preferente a ocupar las jerarquías militares, políticas o sindicales de la organización futura.

Es necesario que te des cuenta de que, si ahora obedeces en la guerra, seas soldado o no, en la paz tambien habras de obedecer para ordenar o para ser ordenado. La jerarquía nace del servicio, y a quien sirve mas se otorgan las jerarquías supremas. ¿Te sabes con facultades suficientes para mandar? ¿Tienes tanta seguridad en tu inteligencia, en tu carácter y en tu rectitud que te creas llamado al ejercicio del mando? ¿Has pensado que los que asumen el mando representan al CAUDILLO, ejercen funciones que les están indirectamente encomendadas por él? O sea: ¿te crees capaz de representar dignamente al CAUDILLO en tu provincia, en tu pueblo, en tu aldea? Si no te estimas tanto, ya sabes cuál es tu puesto: la obediencia ciega y respetuosa, como la que ahora prestas en la guerra; si por el contrario, te crees capacitado,

espera que la justicia de FRANCO y la necesidad que España tiene de ti, te llevarán a los puestos de mando.

Dos cosas son importantes y necesarias en el mando: saber obedecer y saber mandar. El que está a la cabeza de las jerarquías, el propio CAUDILLO, obedece también, no a personas, si no a elevadas razones; tú, que eres mucho menos que él, debes imitarle en la obediencia. En cuanto a saber mandar, recuerda que ningún hombre es superior a otro, que todos somos «portadores de valores eternos», y que el mando ha de ejercerse sin ofender al mandado. No es el hombre, sino la razón la que manda. Recuerda a JOSÉ ANTONIO, que supo mandar aquellas primeras escuadras, compuestas de muchachos que lo tuteaban, pero que sabían obedecerle ciegamente, respetuosamente, porque la voz de JOSÉ ANTONIO era la voz de la verdad, la voz de España angustiada que clamaba por la vida.

Nada perfecciona tanto al hombre como el doble ejercicio del mando y de la obediencia. Obedeciendo o mandando llegarás a ser mejor español cada día, porque ese mando y esa

obediencia están encaminados al alto servicio de la Patria.

Por lo tanto, camaradas combatientes, meditad ya en esa «conciencia de jerarquía» que ahora tenéis en las faenas del frente, y que necesitáis conservar en la hora de la paz. Y pensad que su ausencia, en lo político y en lo social, llevó a nuestra Patria a los tristes extremos en que la habéis visto.

VI

Cuando «vuelvan banderas victoriosas»

A guerra terminará con nuestra victoria, y solamente así. Ese día, España multiplicará su júbilo, las banderas pasarán más hermosas por las calles y las plazas libres de España libre, y cantaréis el «CARA AL SOL» con la mayor emoción: con la emoción del triunfo y con la emoción del recuerdo de los que, a vuestro lado, cayeron. «Volverá a reír la primavera», dice nuestra canción; pero, si la primavera del tiempo viene por sí sola,

sin que nadie la traiga, la primavera de España será obra de todos, obra nuestra.

Cuando la guerra acabe, volverás, camarada combatiente, a tu casa, con el mayor honor: lo ganaste con tu firmeza, con tu coraje, con tu fe. Tu corazón y tu boca se llenarán de entusiasmo por el hombre que te condujo a la victoria. FRANCO será una palabra venerada para ti por toda la vida. Nada es más querido que el nombre del Jefe que nos hizo ganar batallas: los viejos soldados de Napoleón lloraban al oír su nombre, cuando él, ausente, preparaba su muerte. Con mayor entusiasmo le recordaréis vosotros, porque la empresa presente a que FRANCO os conduce es superior a la de Napoleón.

Pero no basta entregarse a un júbilo sentimental. Acabada la guerra, no se ha hecho sino empezar, y lo que siga se hará con vosotros, de igual manera que se hizo la guerra. Con vuestra colaboración, con vuestro entusiasmo, con vuestra fe y con vuestro trabajo y sacrificio.

España estará doliente, herida, en muchas partes deshecha por la furia destructora de nuestros enemigos. Vosotros lo veís, lo sabéis mejor que nadie, porque sois los primeros en

tener contacto con las huellas del paso de la barbarie. España quedará conmovida; los hombres y las mujeres de España que sufrieron bajo el poder del enemigo, arrastrarán mucho tiempo su dolor; muchas tierras habrá incultas, muchas riquezas arrasadas, y muchos hombres con el alma arrasada también y el rencor en los ojos. Mientras estas cosas haya en el haz de nuestra tierra, no será real la grandeza de España: hay, pues, que eliminarlas, que resolverlas. En una palabra, hay que reconstruir a España, y vosotros tomaréis parte activa en la reconstrucción.

Su instrumento será la FALANGE ESPAÑOLA TRADICIONALISTA Y DE LAS J. O. N. S., única entidad política, a las órdenes directas del CAUDILLO. La Falange, en su vario aspecto político y social, moral y económico. Es necesario que los que aún no sois falangistas, lo seáis en el momento de reintegración a vuestra vida. Nadie con más derecho que vosotros, camaradas combatientes, para llevar el yugo y las flechas.

En la Falange, como afiliados, pasaréis, en parte, a las milicias. Un organismo político sostén de un Estado Totalitario, se apoya en sus milicias. «Más que una parte del Mo-

vimiento son el Movimiento mismo, en actitud heroica de subordinación militar», dijo el CAUDILLO en su Decreto 313. Las milicias mantienen en el pueblo el estado de tensión necesario para toda gran empresa; las milicias de la Falange son la auténtica aristocracia del nuevo Estado. Ser militante de primera línea es el supremo honor a que puede aspirar un falangista, porque en la primera línea sólo se permanece cumpliendo el máximo de exigencias, los mayores sacrificios.

Pero vuestra vuelta a la paz será sobre una base económica, sobre una profesión, un trabajo, una actividad cualquiera. La organización de que se está dotando a España exige que ningún trabajador esté fuera de su Sindicato, sea patrono u obrero, industrial o artesano. Formaréis en los correspondientes Sindicatos, a los que prestaréis calor con vuestro fuego de ex-combatientes, contagiando de él a aquellos trabajadores que, por exigencias de la guerra no hayan sido incorporados a la lucha directa del frente.

Y aun esto no es bastante. Ser falangista, militante del Movimiento que corona el CAUDILLO, significa un comportamiento especial en orden moral y social; un falangista no pue-

de ser un hombre cualquiera, pues dicha queda su aristocracia, y la aristocracia es, ante todo, ejemplaridad. Vosotros, ex combatientes, incluídos en la Falange terminada la guerra, por ex combatientes y por falangistas, tenéis que ser los mejores hombres de España, los que sirvan de modelo para formar las nuevas generaciones, aquellos con los que el CAUDILLO pueda contar, antes que con ningún otro, para acompañarlo, seguirlo y obedecerlo en lo que sea necesario.

Siendo los mejores, será posible elevar el nivel moral y social de los españoles a quienes su desgracia haya rebajado la calidad. Y siendo los mejores en todo, lo seréis en vuestro trabajo, y esa prosperidad económica que España requiere, hoy con mayor urgencia que nunca, será una realidad halagüeña.

En pocos años habremos reformado a España. Quince años, la vida de una generación en línea de combate, señalaba Ramiro Ledesma Ramos, fundador de las J. O. N. S y teorizante del Movimiento, hoy caído por la gloria y la grandeza de España, para esta tarea reformadora y reconstructiva. ¿Quiere esto decir que ya entonces será hecho nuestro Imperio, y que habrá llegado la hora del descanso?

so, de echarse a dormir en los laureles? De ninguna manera. El tiempo prescrito por Ramiro Ledesma para cumplir la obra de una generación —de la nuestra— se gastará en preparar a España para su destino futuro.

Muchos de vosotros sois deportistas. Alguna vez os preparasteis para formar un equipo de fútbol, para correr en una carrera, para lanzar discos o jabalinas. Y sabéis que el triunfo en un deporte no lo consigue cualquiera, y, sobre todo, no se consigue de cualquier manera. Es necesario el «entrenamiento», que consiste en una preparación cuidadosa del cuerpo y de la destreza para el fin que se persigue. El entrenamiento del deportista es duro; ha de someterse a grandes privaciones y sacrificios, y sólo después de esta preparación cuidadosa el entrenador le autoriza para tomar parte en el juego. Es cuando «está en forma». Sin este «estar en forma», sin esta preparación, no hay triunfo posible. Pues bien; un país tiene también que estar en forma, tiene que sufrir su entrenamiento, y sólo al cabo de él puede considerarse dispuesto a grandes cosas. Y el entrenamiento de un país es mucho más doloroso, exige mayor esfuerzo y sacrificio, proporcionalmente, que el entrena-

miento de un hombre o un equipo de hombres. Muchas son las fuerzas materiales y espirituales de un país, y a todas ellas hay que adiestrar y coordinar antes de que el país esté «en forma». Ni una sola puede olvidarse o desdeñarse, ni una sola puede quedar fuera. Y a todas ha de sacarse el mayor aprovechamiento, y en todas ha de haber la mayor elasticidad y eficacia. Disponer todo eso es lo que a vostros, combatientes, y a todos los españoles de vuestra generación, corresponde. En eso consumiréis vuestra juventud; porque a vuestros hijos será dado conocer la plenitud del Imperio, mas a vosotros colocar los cimientos. La grandeza de un país no es cosa que pueda hacerse en la vida de un hombre, sino que exige el esfuerzo de muchas generaciones; pero aquella que fué la primera en el servicio y el sacrificio merecerá siempre el honor y el recuerdo lleno de gloria y gratitud de los que vinieron detrás.

Pocas cosas dan mayor satisfacción en la vida que el saberse cooperador a la plenitud de un pueblo; pocas las ocasiones que se dan en la historia. Se nos ha reservado este destino; cumplámoslo alegremente, con alegría igual a la del atleta que sale al campo a con-

tender. Y cumplámosla con la seguridad de la victoria, de que nuestro esfuerzo no será inútil. Hay muchos hombres cimeros presidiendo nuestra tarea ; está el recuerdo glorioso del AUSENTE y de los que le acompañaron, y está la presencia activa, vigilante, victoriosa, ordenando futuros, del CAUDILLO. El CAUDILLO a la cabeza de todos, y la proa de España puesta hacia su porvenir, «cara al sol», al sol nuevo de las mañanas.

¿Conocéis la salida de una barca a la tarea de la pesca, cuando se tiene seguridad en el capitán, y la embarcación es buena, y los brazos de los marineros son duros y ágiles? Pocas cosas más hermosas, camaradas. En la mañana, las velas se tensan, se hinchan del viento agradable del amanecer. Saltan ágilmente los marineros de uno en otro aparejo, trepan por las jarcias, desafían al aire desde lo alto del mastelero, rientes y seguros. En el puente, el capitán dirige y sonríe, lleno de sabiduría y pericia, y mientras la afilada proa rompe el agua, en los labios de todos florece una canción, y cantan también el mar, y las cuerdas, y todo lo que el barco contiene. La marcha del barco, el buen éxito de las jornadas, y que su vientre se llene de plata viva,

depende del orden, de la disciplina, de la jerarquía. Ni el grumete aspira a capitán, ni el contramaestre se inmiscuye en las faenas del piloto. Cada cual tiene su tarea dentro del barco, basada en su aptitud y en la necesidad de la embarcación. Así, ordenadamente, la voz suprema del capitán puede disponerlo todo, preverlo, remediar los accidentes y conducir el barco con seguridad.

España es ahora un navío que se prepara para hacerse a la vela. El CAUDILLO es su capitán, y todos a la orden de su voz ; pero más que ninguno, con mayor júbilo que nadie, los que en las horas durísimas de la guerra conocieron cómo sabe conducirlos a la victoria, al éxito, para mayor gloria de España ; para que si la Patria recobra su grandeza, haya para todos los españoles pan y justicia.

CAMARADAS COMBATIENTES : AHORA, COMO EN LA HORA DE LA PAZ :

¡ ARRIBA EL CAUDILLO !

¡ ARRIBA ESPAÑA !

Residentia
de l'académie

